

Al despertar



Tengo por costumbre, no sé si ancestral pero sí muy arraigada, el tan pronto abro el ojo por la mañana tener meridianamente claro que no quiero ver el mundo. Ni el mundo ni las cosas ni las personas ni los árboles por la ventana ni la calle ni los coches ni los pajaritos en las ramas... Nada, absolutamente nada. No quiero estar en el mundo y ya está.

Bueno pues, esta mañana, sin ganas ya digo y sin querer ver ni mi casa ni mi cocina ni a mí misma cuando paso sin querer por delante del espejo del pasillo ni el exprimidor de naranjas ni las naranjas en sí, me encuentro con que, según las exprimo, estoy cantando.

Entonces voy y me digo —según exprimo, ya digo —oye, pues no estaré tan mal, porque si canto...

Pero de repente caigo en la cuenta de que lo que estoy cantando, sin querer ni habérmelo propuesto, es ay pena penita pena, pena de mi corazón que me corre por las venas lo mismito que un ciclón.

Me he tomado el zumo sumida en un mar de dudas porque me pregunto, por un lado, si es que no estoy tan mal como me creo y que prueba de ello sería que, mira, canto, o si por el contrario (o el otro lado) sí que lo estaré porque, mira, me digo, si estuvieras bien no cantarías lo que estás cantando.

Así que aquí estoy, sin saber cómo estoy ni con cuál de los argumentos quedarme, en el mundo que no sé si quiero ver o no ver ni si quiero estar en él o no quiero.

Me gustaría saber si estas cosas le pasan a más gente o solamente a mí porque, a lo mejor, esté siendo yo rara.

26 de junio de 2018